

Jaime Alejandre

...Y MÁS ALLÁ DE MI VIDA

Prólogo: Guinnevere A. Nash



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

—ANAQUEL DE POESÍA, n° 54—

MADRID • MMXVI

De la obra © JAIME ALEJANDRE

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)  
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Del prólogo © Guinnevere A. Nash

Diseño © Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Ilustración de cubierta © Elena Ray  
Fotografía del autor en solapa © Daniel Mordzinski

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento  
y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por  
método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Marzo 2016  
I.S.B.N.: 978-84-944752-8-3  
Depósito legal: M-7417-2016

Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

## PRÓLOGO

(Guinnevere A. Nash, PhD, Kennicott University)

Cuidado lector, está usted a punto de navegar por las páginas de un libro... ¡de amor! En pleno siglo XXI, en plena crisis. Así, sin epidural. Aun a sabiendas de que en este mundo feroz y despiadado, inundado de terroristas tanto religiosos como financieros, la poesía amorosa está mal vista. Salvo que lo que venga en hemistiquios sea precisamente lo contrario: el funesto cantar al abandono y la soledad; el gorigori a todo lo que, efímero, jamás podrá permanecer. Eso sí que goza de gran prestigio entre los lectores de poesía. No hay más que ver que, de ese gran poeta enamorado que fue Neruda, se recuerda y cita siempre más su *Canción desesperada* que sus *Veinte poemas de amor*.

También Pessoa decía que todas las cartas de amor (si hay amor) son, tienen que ser, ridículas; y que todos los sentimientos esdrújulos son naturalmente ridículos. Pero hoy parece que el escritor Jaime Alejandro ha decidido hacer de su propia biografía luz y espejo y hablarnos por fin de sentimientos y emociones que no anidan en su muy transitada soledad sino en la entrega al otro, al ser amado.

Se diría que Alejandro ha decidido que en su vida ya ha tenido suficiente, si no demasiada, dosis del muy hispánico sentimiento trágico de la existencia y, dispuesto a hacer de la honradez material lírico, nos regala la compleja simplicidad por la que los hombres y mujeres se ofrecen unos a otros la única alcanzable eternidad que no es puro fraude: el amor.

Sí, en todo ser humano enamorado late la compulsión de la eternidad. Y está bien que así sea. Nadie podía asegurarle entonces a Petrarca ni a Dante que sus Laura y Beatriz serían inmortales. Pero ambos sintieron esa pulsión que nos recuerda Stephan Zweig: «*el amor, conforme a su esencia más íntima, aspira siempre a lo infinito, todo lo limitado le resulta odioso e insoportable. En toda inhibición y en toda represión del otro sospecha una resistencia y en toda falta de correspondencia ve, con razón, una defensa oculta*».

Volvamos a Pessoa y honremos la ventura de Alejandro dándonos la necesaria y salvífica *ridiculez* del amor. Y reconozcamos, con el poeta de los heterónimos, que, en el fondo, daríamos

cualquier cosa por que alguien nos devolviera al tiempo en que escribíamos, sin darnos cuenta, cartas de amor ridículas. Definitivamente. «... *Al fin y al cabo, / sólo las criaturas que nunca escribieron cartas de amor / sí que son / ridículas...*».

En efecto, a la luz (y a la sombra, precisamente) de la obra de Alejandro diríamos que nuestro autor superó con alguno de sus poemarios inmediatamente anteriores el misterio de su propio ser. Y hoy con su «...y más allá de mi vida» trasciende al fin lo que él venía denominando su serie del «heroísmo cotidiano» (serie compuesta por el viaje de ida al descubrimiento del mundo; el de regreso a la búsqueda del yo; y el vencimiento de la parálisis espiritual ante el hecho abrumador e insoslayable de la muerte —la diaria del tedio y la definitiva del no ser—; en fin, los temas que componen el ideario de su trilogía *Heroísmo* compuesta por *Los guerreros de terracota*, *Derrota de regreso* y *Lo que queda*). Ahora, construido a sí mismo, firme en el estoicismo del que ha conseguido conocer y no siente temor pese a ello, le queda a Alejandro el arrebato de la serenidad donde la más alta empresa posible para él ya es la del Amor.

Y como nada es casual, no lo es que en la India llamen *mārga* (que procede del sánscrito «contemplación y busca») al sendero que conduce al despertar personal, al autoconocimiento final, la iluminación.

Nos encontramos, por tanto, ante un libro que es el testimonio del despertar del antiguo temor reverencial de su autor, para avanzar hacia el paisaje de la confianza en uno mismo y en el mundo por virtud del amor; sobrecogedor amanecer que, como no puede ser menos, se produce por la irrupción imparable de la luminosidad: «*Raíz que busca la oscuridad, / loco estuve. / Hoy soy el tallo / que crece hacia la luz, / y por tu luz crece*».

Sí, es ese cósmico instante de claridad que ya otros experimentaron. Como recuerda Joseph Campbell: «Dante describió, en su *Vita nuova*, este momento de iluminación, el momento en el que contempló a Beatriz, el momento en que dejó de ser un animal meramente humano y se convirtió en un poeta... se vio embargado por un éxtasis estético, que es el principio de la vida espiritual. Como Dante nos dice en los primeros pasajes de ese libro extraordinario: *el espíritu de mis ojos dijo: "contemplas tu felicidad"...*

El prestigio, las relaciones sociales y la seguridad son necesidades [por tanto, entonces] que desaparecen. Beatriz estaba ubicada en el extremo de un rayo misterioso procedente de las profundidades del universo. Y cuando Dante siguió ese rayo, llegó al asiento mismo del misterio del mundo...».

Así Alejandre, con poemas aparentemente simples (por su cercanía verbal, por sus imágenes contemporáneas que prefieren hablar de la versión «tres punto cero» de uno mismo antes que del rancio nácar de los dientes del amado), nos evoca la comunión con la íntima naturaleza del que ha alcanzado la individuación: ver a los demás y a uno mismo como lo que realmente somos, no como los arquetipos que proyectamos en los demás (Jung). Pero, insistamos, la sencillez de los versos de Alejandre es mero espejismo apenas para el desatento. Crear lo sencillo es siempre más difícil que acometer lo complejo, que se hace demasiado a menudo por acumulación de excesos.

*Cuando uno menos se lo espera  
le ha nacido una costumbre,  
la de ser feliz allá donde se aloja  
aquel que fuimos y hoy resucitamos.*

*Eres mi desfibrilador, mi paliativo.  
Mi pasado ya no es  
ni un pecio de nostalgia, tú,  
nafragadora lo has ahogado  
en los unánimes sargazos del olvido  
y todo es porvenir y es horizonte.*

Alejandre se ha atrevido aquí a esa empresa del absoluto que desdeña el juicio de los demás. Y por ello su libro derrocha tanta autenticidad que incontables lectores podrán identificarse con sus poemas y hacerlos propios. Más aún porque, huyendo —como acostumbra nuestro autor— de lugares comunes, arcaísmos e impostados cisnes de Leda (tan al uso por jovencitas aspirantes —fracasadas de antemano— al inquietante oficio de escritor), Jaime ahonda en su corazón con un lenguaje actual desprovisto de autocensura.

Libro amparado bajo la cita que unos atribuyen a la nómada del desierto, Isabelle Eberhardt (que también dejó dicho «... *no hay que buscar la felicidad. Se la encuentra por el camino...*»), otros a su hermano Agustín, y bastantes a algún desconocido autor latino; libro, decimos, en el que podemos asistir a la ofrenda de una olvidada sabiduría: los elementos indispensables de una existencia, para que haya vida y no muerte y destrucción, son el aire, el sueño, el agua, el alimento. Y el amor. De todos ellos, no obstante, se puede prescindir. La única consecuencia es que desechar uno sólo de ellos conduce a la inexistencia. Cada uno tras un período distinto de abstinencia. Sin aire morimos a los cuatro o cinco minutos. Sin dormir, apenas se sobrevive cuatro días. Sin beber se aguanta hasta una semana. En ayuno total de alimentos, en huelga de hambre estricta, se puede resistir un mes. Algunos incluso dos. Y sin amor hay quienes viven hasta los cien años, pero no mueren de viejos, de enfermedad, mueren de no haber amado.

Por eso Alejandro reivindica en su último libro la sencillez de la vida común en el amor pero nunca desprovista de la ilusión transformadora. «*Un amor de película / sin tomas falsas, / apenas con tomas verdaderas, / eso pido...*». Eso reclama Alejandro para sí, pero pidiéndolo en sus versos lo que hace es ofrecérselo, invitarnos así a todos a estar dispuestos a realizar la hazaña de quererse. Porque amarse no es jamás don que se obtenga por añadidura. Así lo demuestra este libro, dividido en dos partes que más que complementarse se completan, cuyos títulos componen una especie de palíndromo y calambur cargado de intención y significado: «*Querermé a tí*», «*Quererte a mí*». Sí, es evidencia empírica que aquel que no se ama a sí mismo, que no acepta su propia naturaleza, que no se respeta, jamás podrá llegar a amar a otros... Sirvan, por tanto, los poemas de este libro de guía para amar y acariciar, al menos un instante, el territorio de la eternidad.

«*Persiste una tenaz / fosforescencia en mi piel / cuando te marchas...*» dice Alejandro y les auguro, lectores, que también en ustedes persistirá la suerte de iluminación especular que reflejan estos versos.

Alaska. Febrero 2016

*hieme et aestate, et prope et procul,  
usque dum vivam et ultra*

*en invierno y en verano, de cerca y de lejos,  
mientras viva y más allá de mi vida*





QUERERME  
A TI





la vida no sería  
más que una imagen  
muerta en la vitrina  
de un museo  
que nadie jamás visitará.

El día que detuve el tiempo.  
El día que detuve el tiempo  
no hubo noticias que anunciaran  
al mundo lo ocurrido.  
Y fue mi mano,  
hoja de arce caída sobre tu sexo,  
quien lo detuvo. El tiempo.

Si al tiempo lo hubieran detenido  
otro Holocausto, una y mil guerras,  
la hambruna que no cesa,  
un mundial de fútbol o la crisis,  
las corrupciones de los avariciosos.

Si al tiempo lo hubieran detenido  
ellos, sus miserias,

entonces todos los periódicos,  
las televisiones todas de este mundo  
lo habrían proclamado en las portadas.

Pero como al tiempo lo detuvo  
mi lengua en tu boca, mis ojos  
en tu espalda, mi vientre contra el tuyo,  
entonces el mundo, unánime y herido,  
miró hacia otro lado y se hizo el loco.

Audaz es nuestro amor, no temerario.  
Hay quien resiste  
la adversidad y quien doblega  
al mundo ante la voluntad  
de su pasión. Tú y yo hemos decidido  
detener la rotación, cambiar  
de latitud los meridianos,  
construir  
un planeta a la medida  
exacta en que la huella  
de tu pie cabrá en el mío.  
Domadores de sombras y tsunamis  
socorremos convictos y tenaces  
con el agua que de un beso se desborda.

Hoy, que no te he visto,  
cojo este domingo  
con todos sus alardes,  
sus muchachos corriendo en los jardines,  
sus maridos en limpieza general,  
sus novios yendo al cine,  
sus estadios y forofos;  
con todos sus helados,  
sus barcas, sus estanques,  
sus manteles de cuadros y hamburguesas,  
sus cometas, sus promesas y sus misas;  
y hoy, hoy que no te he visto,  
cojo este domingo,  
lo envuelvo en un vulgar papel de estraza  
y hasta le pongo un cordelito,  
me voy con él a un cementerio,  
que es cosa, también, de los domingos,  
y lo entierro junto al prescindible  
almanaque de los días  
que yo no estoy contigo.

Entraste al corazón sin la violencia  
que roba; con la paz que ofrece.  
Deshiciste mi cama de ataúd.  
Cambiaste mis sábanas mortaja,  
húmedas sábanas de las peores  
lágrimas que hay, las no lloradas.  
Me cubriste literal-  
mente de risas y de luz.  
Me levanté, más lázaro que cristo,  
para andar tu milagro, el sacrificio,  
incruento, al fin, de ser felices.



Mi tristeza está en el paro,  
despedida por ti sin finiquito.  
Has suspendido también pagos  
a mi melancolía y sus tóxicos activos.  
Le has hecho un *ere* a mi fingida  
pena y mi falsa mala suerte.

Rescataste mi corazón  
del cubo de la cordura.  
Interviniste mi soledad  
con recetas de *neoliberalidades*  
jamás con las razones  
del banco mundial del satisfecho.

Así que avanzo ya sin un plan B,  
a pecho descubierto, sin más fondos  
que el del mar, sin otra quita  
que la de olvidar desasosiegos.  
Sin bonos, sin pagarés, por ti  
que has encontrado  
mi ignota latitud,  
la de mí mismo.

No necesito ya refugio,  
cobertura ni plan de evacuación.  
Si esta arriesgada travesía naufragara,

si hipotecaras mi basura,  
si tú decidieras no quererme  
igual que se decide no cruzar  
un cheque o en rojo los semáforos,  
no habría hoja de ruta  
que yo seguir pudiera  
para hallar consuelo mi refugio  
radiactivo, mi absoluta bancarrota.

Así mi única opción es hoy lanzarme  
a tu boca que ya sé  
que dice siempre más  
de aquello que pronuncia  
y desequilibra los mercados  
de las gentes que ignoran  
que invertí en tu amor  
mis últimas opciones de futuro.

### 3.0

Gracias a ti soy la versión  
mejorada de mí mismo.  
Nada nuevo hay en el modelo  
que no hubiera ya en las anteriores  
presentaciones para el público,  
pero has cambiado tú el aspecto  
y muchas líneas de feliz programación.

Soy mi versión tres punto cero  
desde que tú me diseñaste.

Las piezas son las mismas: mi pasión,  
las frustraciones, los ojos bien abiertos,  
el ridículo entusiasmo  
de aquel al que todo le sorprende.  
Tan sólo mi apariencia  
ha cambiado a ojos vista.

Ahora sonrío, incendio  
de luz mis gestos y paciente  
espero a que, si llega,  
se disuelva la tristeza  
para darme una llovizna de alegría.